

Un Papa sorprendente

E.
MIRET
MAGDA
LENA

TODO el mundo sabe que Juan Pablo II es un Papa alimentado en los conceptos tradicionales de la teología romana. Esa teología que es de origen decimonónico y está caracterizada por su formalismo rígido, su concepción legalista y su autoritarismo poco evangélico.

Del mismo modo que también la vida íntima del Papa Wojtyła está alimentada por una piedad de carácter conservador, incrustada de pietismos populares, como se ha venido fomentando en la Iglesia católica principalmente en el siglo XIX.

Y, sin embargo, el resultado de todo ello no es el esperado por los críticos superficiales de este primer Papa polaco. Wojtyła es un hombre culto, lleno de vitalidad intelectual y moral, de carácter valiente y hábil al mismo tiempo, como ha demostrado en su política eclesial en Polonia, que lo hacen —a causa de todas estas características— un hombre sutil que aparece como plenamente espontáneo en todo lo que hace, pero que sus actos obedecen a una decisión en último extremo racional.

En filosofía, el lenguaje suyo es el del tomismo tradicional, si sólo se mira a la superficie de lo que dice; pero si se atiende al fondo de sus palabras, late en ellas un profundo personalismo de corte cristiano, muy distinto del egocéntrico de la cultura griega; personalismo que ha bebido sin duda en lo mejor de la obra del alemán Scheler —cuando este filósofo fue católico— y del pensador siempre creyente y seguidor independiente de la Iglesia Gabriel Marcel.

Esta primera encíclica, esperada con curiosidad por el mundo entero, y que en nuestros decalados ambientes tan poco interesados por lo eclesial ha pasado casi sin pena ni gloria, debe ser analizada a la luz de lo que antes digo. Si no lo hacemos así, estamos expuestos a no entender nada de su mensaje, que —al fin y al cabo— es el del máximo responsable de una Iglesia que cuenta con 710 millones de seguidores.

Su texto está escrito con la precisión de un filósofo y la pluma de un hombre cuidadoso de la expresión. Lo cual bien merece que se dediquen algunos artículos a su análisis. No porque sea un docu-

mento infalible —que ciertamente no lo es—, ni porque sea tampoco un texto perfecto para conocer todo el mensaje que la abigarrada y compleja Iglesia católica debe dar en el momento actual del mundo.

Sin embargo, se trata de un texto clave porque es el más oficial del que podemos disponer hoy los católicos y los no católicos para saber lo que pretende enseñar el catolicismo de cara al hombre y a la sociedad actuales. Es un documento denso, aunque muy claro. En él casi se puede decir que hay de todo, porque los variados temas que hoy inquietan al creyente afloran en él con mayor o menor extensión.

El Papa ya no usa en su escrito el "nos" mayestático que utilizaban usualmente los Pontífices romanos en sus encíclicas. Tampoco emplea el idioma latín, como era corriente en estos documentos, sino su lengua de origen, el polaco. Sus citas son abundantes, pero las escoge con cuidado para apoyar el sentido que quiere imprimir a su escrito y no para volver a repetir lo que otros dijeron. En una palabra: pretende, con buenas maneras y hábil estilo para no chocar a nadie, dar un paso adelante. Un paso cuidadoso, pero ciertamente un paso.

Lo cual no quiere decir que conteste a todas las preguntas que hoy se hacen los hombres, dándoles la respuesta que unos u otros querían. Algunas afirmaciones del Papa son osadas, otras se quedan a medio camino y algunas corroboran lo que se puede leer en cualquier manual de teología anterior al Concilio Vaticano II.

Y, sin embargo, no es éste un paso atrás en la Iglesia, ni tampoco un superficial desmelenarse como algunos hubieran deseado. Es, simplemente, afirmar lo que él piensa, en un esfuerzo por expresar —así lo confiesa claramente en el preámbulo de su encíclica— lo que él cree personalmente, sin dejarse impresionar por el aparato vaticano ni por la burocracia eclesial.

Yo opino que ya era hora de que tuviéramos un Papa, después del vacilante y angustiado Pablo VI, que se decidiera a expresar coherentemente y en forma definida su propia postura. Que los católicos y los no católicos supiéramos de una vez dónde está oficialmente la Iglesia. Y eso, con suficiente extensión y

claridad, lo podemos conocer leyendo este primer documento programático del Papa Juan Pablo II.

Por eso debemos quedarnos suficientemente satisfechos, dándonos cuenta de que el esfuerzo personal de sinceridad del Papa ha sido grande y, por supuesto, ejemplar en un mundo lleno de hipocresías, eufemismos o —en el extremo contrario— de declaraciones desgarradas y manifestamente pasionales a pesar de su avance.

Creo que, después de su lectura, podemos decir todos: ahí está el catecismo de Juan Pablo II, el plan que va a dirigir su pontificado y —al mismo tiempo— el margen de confianza que va a darnos a los que, en algunos puntos concretos, no pensamos como él. Porque también alude al pluralismo que debe existir dentro de la Iglesia, a la atención que todos —altos y bajos— deben dedicar al sentido de la fe del pueblo creyente, al respeto que se debe tener al hombre y a todo lo humano y —por último— a la asimilación que la teología debe hacer de todo lo que la ciencia actual aporta para acertar con una reflexión religiosa madura.

Yo destacaría en las diferentes partes del documento lo siguiente: en la primera, su sano afán de acercamiento pleno y sincero entre todas las religiones; en la segunda, su interesante concepción de la conciencia que debe tener la Iglesia de la realidad vital de los hombres de fe, examinándose ella a sí misma y asimilando valientemente además los signos profanos de los tiempos; en la tercera, su claro alejamiento y, a veces, repulsión de la estructura económica y social de Occidente, y su defensa de la libertad religiosa para los países del Este; y en la cuarta, su fuerte personalismo en el planteamiento de lo religioso dentro de la propia Iglesia.

Todos estos puntos requieren un claro análisis para centrar lo esencial de lo que ha dicho el Papa; y valorar después con cuidado y objetividad en sucesivos artículos lo aceptable de muchas de sus posturas y lo menos convincente de algunas afirmaciones que se le han quedado cortas o que hábilmente ha orillado ■.